Antonio Pereira: ANTOLOGIA DE LA SEDA y EL HIERRO. Col. "Provincia", León, 1986

Nicolás del Hierro

Cuando Antonio Pereira escribe convierte al diccionario en un gran árbol, en un hermoso árbol bien cuidado y, sobre todo, extraordinariamente podado; deja tan limpia la utilidad de su conjunto que el lector no halla en la copa del poema ni una rama-palabra de más ni de menos: su verso-producto resulta tan puro, que uno se asusta de la fría belleza, de la claridad con que la luz penetra entre el cuidado ramaje de su poesía. Y este miedo, que personalmente es admiración, me hace pensar si la sobriedad del poema no puede convertirse en arma revulsiva. Es como un cerebro podador o selectivo que eliminara del idioma la más mínima intención ornamental o superflua. Estimo que hay mucha esencia de León Felipe, sobre todo en lo último que Antonio Pereira escribe (acaso reviertan en estilo de proximidad terrena en el hacer de ambos poetas). Digo esencia, no influencia, porque el poeta berciano tiene su personalidad bien marcada y definida. León Felipe dice que quiten los caireles de la rima, el metro, la cadencia, hasta la idea misma; pide, para su cruz, que no es otra cosa que el poema, la mayor sencillez, sin barroquismos ni añadidos, sin ornamentos, desnudos los maderos, las palabras… Si algo queda luego eso será la poesía. Y esta es, intuyo, la idea selectiva de Pereira al agrupar su "Antología de la seda y el hierro". Nos dice en su "Nota del Autor" que no está ofreciendo el espectáculo de una evolución a lo largo del tiempo ni un conjunto de sus "mejores poesías"; pero cualquier lector afinado puede vislumbrar un comportamiento del poeta maduro al estilo e imitación de los antes consagrados, como pueden ser el citado León Felipe, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado o Miguel Hernández, por mencionar los más próximos, en los respectivos procesos y avances de su poética va desnudando el concepto del poema hasta dejarlo sólo en las más rica osamenta de la palabra, árboles líricamente podados como los que Pereira ofrece en esta "Antología", y para la que se basa en lo más últimamente escrito (“En Marraquech de los decapitados / atardece en jirones / Hay un coro implorante / Golpean / la dureza del estaño / Son los tristes que ven / ¡Alá es grande / escuchad / Compadeceos!") y de lo que anterior conserva intrínsecamente un modo similar de síntesis: "Alabo el tren pequeño: dos vagones / de tablas barnizadas, con cristales / que cuadran los viñedos”. Y es que lo que ha pretendido el poeta en esta Antología, o al menos así lo intuyo, es ofrecer una demostración de estilo, pues, a diferencia de otras muestras antológicas no hay en

ésta, como comienza diciendo Pereira, una selección de "mis mejores poesías", es decir no hay una muestra de variados poemas sino que todos forman un abanico lírico que, abierto, ofrece una gama de armonías concordantes, y cerrado consigue el logro de la unidad. Si no tuviéramos las acotaciones del índice, donde se nos desvela el origen o procedencia de cada poema y eliminámaramos la portada, podríamos pensar que estamos ante un libro estilísticamente unitario, un libro escrito por un poeta, un hombre que desde su más tierna infancia estuvo disfrutando la pureza del idioma castellano mientras le llegaba a sus oídos desde los labios de los hijos de su propia región.